



Preliminares

I. Orientación general; Optimismo afectivo y racional; Ley armónica: la evolución; Ley aberrante: el dinero; La inteligencia, función de la Naturaleza; Socialización de la Naturaleza por la humanidad.—II. El transformismo y la cuestión social; Ley de correspondencia de Spencer; *La Naturaleza patrimonio de la humanidad*; La propiedad y la rutina.—III. Complejidad de la evolución orgánica, perfección indefinida; Concordancia de lo externo con lo interno; Arraigo de la idea de propiedad; El amor base de la sociedad futura.—IV. Confirmación de lo anterior; La autoridad del maestro en sustitución del Estado; Las religiones y la nueva Moral.—V. Poder sugestivo de la Moral; Antinomias de la Moral cristiana.—VI. La rutina y sus víctimas; Explicación orgánica.—VII. La tragedia de la vida; Guerra entre Rusia y el Japón; El Congreso libre pensador de Roma.—VIII. Orientación hacia la felicidad.—IX. La Tierra de Promisión.—X. La lucha económica.—XI. Desacuerdo de la sociedad y la evolución; Aspiración á la felicidad; Unidad de la concepción monista.

Las ideas que expongo en este libro, son un ensayo; no revisten más valor que el de simples notas, que creí tener ocasión y calma de espíritu suficiente para desarrollar con la amplitud necesaria.

El tiempo pasa; los quehaceres apremiantes de la vida no dan tregua y siento cada vez más que mis pensamientos pugnan por salir, con tanta mayor vehemencia, cuanto que lo que voy á decir es ya en mí una convicción.

Siempre consideré como cosa incomprensible la existencia de una humanidad eternamente desgraciada; desde niño mi conciencia rechazó esa monstruosa injusticia.

Soy y seré un optimista imperturbable y á ello debo la orientación que, desde hace algún tiempo, ha tomado mi espíritu.

En la Naturaleza, la organización obedece á leyes armónicas, que representan relaciones que se realizan constantemente en proporciones definidas y exactas; la humanidad forma parte de esta organización: luego si el hombre es una excepción, es que ha infringido las leyes naturales.

Evidente y notorio el error, el mal, lo que importa averiguar es cómo se infringieron los principios fundamentales de la Naturaleza.

Con esta preocupación y tratando de buscar, hasta inconscientemente, la clave del problema, de repente, mi imaginación me puso sobre la pista. El patrimonio de la humanidad, me dije un día, es la Naturaleza, son las fuerzas naturales. El capital, *dinero*, es un recurso limitado y en él no estriba la felicidad de todos los hombres. Pero esto dicho así, sin justificación, no me satisfacía; había que fundamentar y justificar la idea y seguir indagando.

· Mi condición de médico me llevó á pensar en la relación que existe entre un órgano y su función. Leí en Spencer lo que se refiere á este asunto; no me satisfizo; pero en cambio aquella lectura, inspiróme esta otra idea. La inteligencia es una función de la Naturaleza y el cerebro su órgano intermediario. Entonces comprendí que la socialización de la tierra y los instrumentos de trabajo, podía tener una base legítima; que lo que parecía una aspiración más ó menos platónica, podía explicarse de una manera positiva y extender aún más el patrimonio del hombre diciendo: *la socialización de la Naturaleza por la humanidad*. Al ver cómo se iban legitimando las aspiraciones más nuevas y atrevidas de la filosofía moderna, mi convicción se afianzaba más y más.



El darwinismo produjo un gran trastorno en las ideas religiosas y filosóficas: las polémicas fueron vivas y encarnizadas. Virchow acusó al darwinismo de conducir directamente al socialismo. Los darwinistas alemanes, entre ellos Haeckel, protestaron enérgicamente. De las razones que alegaban unos y otros se deduce claramente que, si se hicieron cargo de lo que es el transformismo, no vieron en cambio la relación que éste tiene con la ciencia social.

Lo que sí sorprende es que no haya descu-

bierto esa relación que existe entre una y otra el gran H. Spencer, pues toda su filosofía conduce directamente al nuevo y ansiado estado social. Este insigne filósofo llega, con su teoría de la evolución, hasta los organismos super-orgánicos; pero al aplicar la ley de la evolución á la humanidad, que es un organismo de ese género, no alcanza á fijar la conclusión precisa á que debían llevarle sus propias ideas. En el estudio admirable que hace de la inteligencia considerándola como consecuencia natural, lógica y precisa, de lo que él llama ley de correspondencia ó concordancia, está demostrado que la inteligencia es un producto de las leyes naturales. En este capítulo está, á mi modo de ver, la ruina del actual concepto de la propiedad y la demostración de cuál debe ser el futuro ideal. *La Naturaleza es el patrimonio de la humanidad.*

Por no haber desarrollado lógicamente esa deducción es por lo que no ha resuelto H. Spencer el gran problema social. Y es que la noción de la propiedad, tal como se practica desde hace siglos, tiene tal arraigo en el cerebro de los hombres, ha llegado en los núcleos cerebrales á formar tal grado de asociaciones y sistemas de asociaciones, que ni la poderosa mente de tan gran pensador, cansado de esfuerzo tan sobrehumano como representa su vida intelectual, pudo romper esos viejos lazos. Sirva esto para hacer comprender el trabajo enorme que será menester para

que otros cerebros con menos virtualidad que el del gran filósofo inglés, se desliguen de la rutina.



Cuando pensamos en esa compleja organización que de manera tan sistemática y laboriosa va desenvolviéndose, para elevarse, desde los protistas al hombre; cuando vemos en éste la inteligencia y Spencer—nos enseña la correspondencia que existe entre la formación del cerebro humano y esa misma evolución—, ya parece que el misterio se disipa y que en vez de una fuerza ciega y caprichosa, es algo que se legitima, que la Naturaleza adquiere su propia conciencia; que la inteligencia, en una palabra, es la Naturaleza encarnada en el hombre. Se ve que el super-organismo humano debe seguir las mismas leyes que han presidido el proceso de toda la organización para perfeccionarse, y que la misma ley que hizo de un organismo unicelular un hombre, será la que ha de seguir la humanidad á fin de alcanzar la perfección indefinida; que en último término, es procurar la mayor concordancia de lo Externo con lo Interno de que habla H. Spencer. Entonces será una realidad esa era de paz y de justicia con que sueñan hoy todos los hombres.

Se comprende fácilmente y se ha repetido mil veces, siendo la suprema aspiración de la sociología, que un cambio en la base económica de la vida, *la propiedad*, traería consigo inmediata-

mente, una transformación completa de la sociedad actual: todas las instituciones, desde la familia al Estado se transformarían.

La verdadera base de la familia futura será el amor, que en la especie humana es el medio natural de selección. A la mujer corresponde desempeñar el gran papel en el perfeccionamiento de la raza; élla, mucho más que su compañero, trabajará por el progreso porque élla, con el instinto de la maternidad y el sentimiento de la responsabilidad, más vivo y más hondo que en el hombre, en cuanto á la procreación de la especie se refiere, fundará la raza del porvenir.



Todas las sociedades se han complacido en esclavizar á la mujer desconociendo su verdadera significación, y la sociedad actual, como las precedentes, no sólo persiste en su error, sino que sacrifica, anula, ó corrompe á nuestra compañera. Cambiando la base económica la propiedad, por la base afectiva intelectualizada el amor, la transformación será maravillosa.

Del Estado no quedaría nada; sus instituciones, sus gobiernos, su administración de justicia, sus ejércitos de mar y tierra, etc., desaparecerían por completo, porque son una consecuencia natural de un modo de ser de las cosas que necesitaban el amparo y el apoyo de la fuerza. La única autoridad que subsistirá será la del *maestro*, en

su acepción más completa, *la autoridad de la inteligencia*. Los hombres superiores serán los que gocen de este privilegio, pues á sus cerebros más perfectos corresponderá la función de ser los verdaderos exploradores en el camino de la verdad; ellos irán de avanzada en la conquista y dominio de la Naturaleza para preparar y facilitar la tarea de los demás.

Las religiones subsistirán aún largo tiempo; pero se irán transformando como lo ha hecho ya la religión cristiana en el Norte de América. El día que las religiones no tengan el dinero como medianero para las transacciones con sus Dioses, la moral religiosa mejorará y poco á poco las teogonías se irán integrando, en la nueva moral que traerá consigo la sociedad del porvenir: el culto á la verdad y á la belleza.



Estas ideas chocarán muchísimo con los prejuicios imperantes, y es natural que choquen. ¿Cómo admitir que el hombre pueda obedecer á otros móviles que el dinero? ¿Cómo creer que pueda venir otra moral tan extraordinaria, que dignifique al hombre hasta el extremo que llegue á ser útil á sus semejantes, por sólo la satisfacción que esto proporciona?

En cuanto al poder sugestivo que ejerce sobre el hombre una moral, aunque sea falsa, se prueba viendo lo que ocurre con el sentimiento del

honor y del amor á la patria, que hace á las naciones armarse hasta los dientes para despojarse unas á otras y sobre todo á las más débiles. De nada sirve que una de las religiones, la cristiana, diga en el más capital de sus preceptos «Ama al prójimo como á ti mismo», porque la sociedad está organizada de manera tan absurda que los hombres no pueden por menos que conculcar su conciencia, y así no es extraño ver á los ministros de una religión de paz, impetrar de un Dios, todo amor, su apoyo para matar mejor al prójimo, para quien se implora perdón todos los días. Todo esto no puede ser más absurdo y ridículo y, sin embargo, se admite como realidad corriente. Es tal el poder de sugestión de la moral en el hombre, que no sólo le mueve á sacrificarse por cosas irracionales, sino que también hace, que la misma religión preconizadora de un precepto que parece un emblema, soporte el estar en constante delito de apostasía, sin que las conciencias se rebelen. Y es que actualmente no puede ser de otra manera; sucede así como consecuencia lógica de una organización social monstruosa. Sirva tan dura lección para demostrar que si el hombre es capaz de sacrificar su vida y su conciencia á principios contradictorios ó inmorales, ¿cuál no sería la conducta de ese mismo hombre, educado en la moral que se desprende de la sana razón y de la ciencia positiva?



La rutina es á la inteligencia lo que la inercia á los cuerpos brutos. Las víctimas de esta calamidad humana son innumerables, y tanto más sensibles, cuanto que á la mayor parte de los hombres insignes, cuyas ideas iluminaron el camino de la verdad, se les recompensó con el martirio. Sin embargo, desde Copérnico que supo combatir la teoría geocéntrica — demostrando que la Tierra no es el centro del Universo—, hasta Darwin, que arruinó la teoría antropocéntrica, la rutina ha perdido mucho de su resistencia. Copérnico tuvo que luchar pacientemente para que la Iglesia le dejara publicar su obra, y ésta á título de entretenimiento filosófico. ¡Qué humillación! Por fin, después de treinta años, Copérnico alcanzó á ver su obra impresa; pero ya en su lecho de muerte; así al menos tuvo la suerte de escapar á los *piadosos* teólogos de su época. Lo que sufrió aquel grande hombre por tener que ocultar sus ideas y no poder luchar por ellas, debió ser horrible. ¡Un hombre que sorprendió el maravilloso movimiento de los astros y tuvo que ahogar su emoción ante el fin supremo de la salvación de su obra! Las ideas de Copérnico impusieron á Galileo el sacrificio de la abjuración, y á Bruno el honor de morir por ellas. Darwin, cuya obra levantó una tempestad de protestas y vivas polémicas, consiguió la satisfacción inmensa de asistir en vida á su triunfo. Con Pasteur, la lucha fué viva y apasionada, pero su vic-